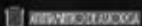


ASTORGA 2014
SEMANA SANTA
DECLARADA DE INTERÉS TURÍSTICO NACIONAL



PREGÓN
ÁNGEL M^a MARTÍNEZ FIDALGO
PERIODISTA

Cofradía de las Damas de la Virgen de la Piedad



CON LICENCIA ECLESÍASTICA



**Pregón de la
Semana Santa 2014
de Astorga**

ÁNGEL M^a MARTÍNEZ FIDALGO

S. A. I. CATEDRAL, 5 de abril de 2014

Sr. Obispo de la Diócesis
Sra. Alcaldesa de Astorga
Sr. Delegado Territorial de la Junta de Castilla y León
Sr. Presidente y demás miembros de la Junta Pro Fomento,
de las Cofradías, Archicofradía y Hermandades
Autoridades civiles, militares y eclesiásticas
Señoras y señores
Amigos, compañeros

Permitidme comenzar con una declaración de principios

Soy astorgano de nacimiento y de vocación. Amo la Semana Santa de Astorga y la he apoyado en todo aquello en lo que ha sido posible o me han demandado. Y todos los años pongo mi hombro y mi devoción en las andas del paso de la Virgen de los Dolores.

Pero, si he de ser sincero, nunca pensé que éstos pudieran llegar a ser merecimientos suficientes para mi designación como pregonero y por ello, cuando la Junta Pro Fomento, a través de su presidente, me hizo este gratificante encargo, la primera reacción fue de sorpresa, inmediatamente después de satisfacción y finalmente de indisimulado orgullo.

Y es que tengo que confesar que para mí es un auténtico privilegio y un motivo de orgullo anunciarles en esta tarde de abril, con fríos y solemnidades catedralicias, la próxima celebración de la Semana Santa de nuestra querida Astorga, esa ciudad que, en la expresión poética de Leopoldo Panero, *es una costumbre del alma / y un lado del mundo / donde todo calla, / donde es todo ausencia / hoy, ayer, mañana.*

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento al presidente y demás miembros de la Junta Pro Fomento por la confianza mostrada al permitirme trasladar este año a los astorganos la primera noticia –no puedo eludir mi condición de periodista– la primera noticia, digo, de la Semana Mayor del año cristiano, como dijera nuestro Obispo, don Camilo Lorenzo en su pregón.

Y esta cita del Prelado me lleva a hacer una primera aclaración. Vivimos unos tiempos de exacerbada laicidad en los que, en nombre de lo políticamente correcto, parece mas recomendable la ocultación de las creencias religiosas mas arraigadas que su pública exhibición.

Por ello, antes de seguir adelante, tengo que precisar dos cosas. Primero, que me considero católico, apostólico y astorgano y, segundo, que creo que la Semana Santa, antes que otra cosa, es la expresión plástica, pública y colectiva de unas creencias religiosas, que ni se pueden ni se deben soslayar para no pervertir el verdadero sentido de esta celebración centenaria.

Entiendo a los que defienden con ardor que se trata, únicamente, de una tradición de gran arraigo popular, con matizadas significaciones espirituales. Y comprendo, incluso, a los que ven la Semana Santa como un simple recurso turístico, eso sí, de gran relevancia económica para el redondeo de la cuenta de resultados de algunos sectores productivos.

Pero también creo que esos dos componentes, el tradicional y el turístico, no deben alejarnos del verdadero significado de esta celebración, que conmueve y asombra a los que la viven en la lógica de Dios, como nos ha explicado el Papa Francisco.

Vivir la Semana Santa es entrar cada vez mas en la lógica de Dios, en la lógica de la Cruz, que no es en primer lugar la del dolor y la muerte, sino la del amor y la entrega de sí mismo que da vida.

Y aclarado esto, entramos en materia porque ya se sabe que en esta tierra nuestra, que es ribera de espiritualidades, de fervores fundamentados y de encuentros con lo mas alto, cuando despunta la primavera, –mientras se anuncia la vida de la naturaleza y la luz del sol comienza a crecer–, el alma colectiva de los astorganos se abre para celebrar sus fiestas mayores en torno a la conmemoración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo.

Don Miguel de Unamuno escribió que *“la mas noble aspiración de un espíritu es la de escudriñar, en sí mismo, su propia niñez”*.

Mis primeros recuerdos de la Semana Santa astorgana son precisamente los de la niñez y tienen dos referencias esenciales, el toque anunciador de bombo y trompetas de los Morlas, que rompían la noche y sobresaltaban mis sueños infantiles, y Cañinas, un personaje con el que me amenazaba mi madre después de una travesura o ante mi frecuente falta de apetito en las comidas.

– ¡Que viene Cañinas!

Era una invocación que me producía muchos temores y que provocaba mi inmediato arrepentimiento, al menos durante un tiempo limitado. Cuando me asomaba desde el mirador de casa para ver al citado personaje, en el paso de la coronación de espinas, mis miedos se acrecentaban pues de todas las figuras

que desfilaban el Viernes Santo, en la procesión madrugadora del Encuentro, la mas inquietante era, sin lugar a dudas, la de Cañinas.

Gorro de bufón, expresión maliciosa, vestiduras grotescas, la caña amenazante en una mano y una peonza exagonal en la otra. Indudablemente, para los ojos de un niño, aquella, era la imagen mas apropiada para generar miedos infantiles.

Por cierto, debo confesar ahora el sentimiento de satisfacción que me produjo saber, años después, que durante algún tiempo, Cañinas había tenido que sufrir la cruel quemadura de una llama que alguien le aplicaba en su trasero, antes de iniciar su procesión anual porque esa era la tradición y la costumbre de entonces.

En mi personal archivo de sonidos entrañables de la niñez también figuraba la interpretación del canto del vil populacho, a cargo del coro infantil de los niños de Sión, que generaba singulares interpretaciones fonéticas entre los fieles. Esta composición –bien lo sabéis todos– se cantaba en la procesión del Jueves Santo, que organizaba la Cofradía de la Vera Cruz.

Recuerdo con nostalgia la primera estrofa

*El vil populacho
de sangre sediento
pedía una muerte
con ciega pasión*

Los intérpretes del vil populacho, o el mas popular *vivo pulacho* eran siempre unos niños vestidos con túnica negra. Portaban una cruz del mismo color y una corona verde de espinas

que, eran confeccionadas con puntas de carpintero y juncos de la ribera del Jerga, nuestro entrañable aprendiz de río, que solo ha desbordado la imaginación de algunos escritores.

La procesión del Santo Entierro, que en aquellos años cerraba la Semana Santa, también dejó grabadas en mi memoria muchas imágenes y evocaciones de los años de infancia.

Me impresionaban las hileras interminables de seminaristas con sotana y sobrepelliz impecablemente almidonada, flanqueando la urna mortuoria entre rezos y devoto recogimiento. Pero lo que más me llamaba la atención era la compañía del Regimiento Lanzacohetes, que siempre desfilaba al final del cortejo procesional.

Los soldados, marciales, serios y silenciosos, llevaban los cascos de acero a la espalda, colgados por el barboquejo, las botas relucientes y los fusiles al hombro, a la funerala; era una posición que a mí, muy influenciado por la lectura de los tebeos de hazañas bélicas, me parecía poco profesional o adecuada a las funciones esencialmente mortíferas que se atribuía a las armas en todas las viñetas del cómic.

Por fortuna, mis padres no tardaron en aclararme que se trataba de una expresión de obligado respeto por parte de los soldados y por ello la más procedente en ese momento.

La Semana Santa de mis recuerdos infantiles y la escenografía que entonces caracterizaba esos días pasionales y procesionales, es bastante distinta de la actual. Aquella escenografía tenía su primera expresión litúrgica en las imágenes de todas las iglesias de Astorga, que se ocultaban a la vista y a la devoción de los fieles, bajo unas fundas, hasta la Vigilia del Sábado Santo.

Recuerdo las de mi parroquia, San Bartolomé, que eran enormes y moradas. La música también desaparecía, en casas y calles, y todo se volvía silencio y recogimiento. Incluso las emisoras de radio, sobre todo nuestra querida Radio Popular, no emitían otra música que la sacra. Astorga era durante los días de Pasión una ciudad sustancial y sustanciosamente silenciosa, según la acertada percepción de José Antonio Carro Celada.

En la dilatada y cambiante historia de la Semana Santa de Astorga, que arranca en el siglo XVI, hubo épocas de esplendores y también de sombras e, incluso de indiferencia colectiva. Uno de esos periodos sombríos se registró en 1908. Según reflejan los historiadores, fueron los cofrades de la Vera Cruz los que primero expresaron sus inquietudes al obispo y hermano de esa cofradía, don Julián de Diego y García Alcolea, por la creciente decadencia de la Semana Santa.

El Prelado, especialmente sensible a todo lo relacionado con ella, no tardó en ponerse manos a la obra, convocando a un grupo de astorganos, entre los que se encontraba mi abuelo, Nicesio Fidalgo, –en su condición de director del periódico ‘La Luz de Astorga’–, con el fin de fundar una Junta “para la organización de las fiestas religiosas de Semana Santa de la Ciudad de Astorga”.

Permitidme recordar, por esa participación de mi abuelo, cómo quedó recogido, en el libro de Actas de aquella primera Junta, este propósito de regeneración semanasantera, alentado por la Cofradía de la Vera Cruz y la de Nuestro Padre Jesús Nazareno, y compartido por una amplia representación de distintos estamentos astorganos, con el alcalde y el obispo Alcolea al frente.

Así quedó reflejado el acuerdo regenerador en el libro de Actas:

“Que en vista de que en esta ciudad desde hace muchos años, se advierte la poca concurrencia de fieles durante los días de Semana Santa, sin duda alguna por no haber en ella ningún atractivo, los recurrentes con el carácter invocado, deseosos de procurar introducir alguna modificación en dichos días para el año próximo, a fin de atraer el mayor número posible de fieles forasteros que nos visitan, no pueden por sí solos corresponder a ello, toda vez que la Cofradía que representan, carece de recursos, pues si bien es cierto que posee un modesto capital, con sus intereses apenas pueden cumplirse las piadosas fundaciones dejadas por los bienhechores de ella y satisfacer los demás gastos que se originan en la Semana Santa...”

Esa primera Junta Pro Fomento en la que había representantes de todos los estamentos –Obispado, Ayuntamiento, Cofradías, Comercio y Prensa– fue un magnífico y revelador ejemplo de lo que podemos hacer los astorganos cuando somos capaces de sumar esfuerzos y voluntades en torno a un proyecto común.

Los años 80, cuando yo me incorporé a la Hermandad de Caballeros del Silencio, participando también en la procesión a ella vinculada –en ese momento– de la Santa Cena, tampoco aportaron páginas brillantes a la historia de nuestra Semana de Pasión.

Como supongo que el hipotético *delito* ya habrá prescrito, tengo que confesar públicamente que en uno de esos años de decadencia y ante la notoria escasez de penitentes en la

procesión del Silencio, mi mujer y mis hijas, Marta y Gracia Isabel, decidieron acompañarme a la procesión, eso sí, amparadas por la discreción que les aportaba el capirote y su disciplinado silencio durante todo el recorrido procesional.

Muchos recordareis que fue por aquellos años cuando los responsables de la Hermandad de Caballeros del Silencio adoptaron el acuerdo de confeccionar unas nuevas capas, que aportaron vistosidad y practicidad al hábito de los cofrades, ya que servían para participar en los dos desfiles procesionales, el de la Santa Cena y el del Silencio.

Las capas eran por un lado de raso rojo, para la procesión de la Última Cena y, por el otro, de terciopelo morado, para la del Silencio. Debo añadir que, las capas también garantizaban abrigo a los cofrades, propiedad muy conveniente en Astorga, porque ya se sabe que aquí, las noches primaverales lo son más de calendario que de temperatura.

Cuando llovía, la capa reversible se convertía en otro elemento penitencial, ya que se empapaba de agua, adquiriendo un peso notable al final de la procesión. En mi caso, al peso de la capa se sumó, ocasionalmente, el de una de esas farolas exagonales de latón y cristal policromado, con imágenes del Vía Crucis, que durante varios años procesionamos algunos hermanos, haciendo gala de tanto fervor como fuerza física, ya que la que la energía para iluminar las farolas procedía de pesadas pilas eléctricas que, –creo recordar–, iban colocadas en el interior de la vara que servía de soporte a las farolas.

Me parece justo recordar y reconocer que esa crisis de los ochenta se superó gracias al empeño personal de José Manuel Santos, que consiguió aunar impulsos, dedicaciones, desvelos e ilusiones en torno a la Junta Pro Fomento. Una Junta que

volvió a hacer posible –otra vez– el resurgimiento de todas las celebraciones relacionadas con la Semana Santa hasta alcanzar el notable nivel que hoy tienen y que la han hecho merecedora de importantes reconocimientos y declaraciones, la más reciente, la de Interés Turístico Nacional.

Por ello, desde el 2012, los ecos y merecimientos de nuestra Semana Santa van mucho más allá del alto de San Justo, de la peña presuntamente jacobea de la Forti o de las cumbres azuladas del Teleno, por obra y gracia de esta declaración que se suma a la conseguida en 1997 de Interés Turístico Regional.

Junto a estas declaraciones también, hay que anotar otras importantes acciones promotoras, logradas más recientemente, como la inclusión de imágenes de la Semana Santa en un décimo de la Lotería Nacional o en un cupón de la ONCE, que sin lugar a dudas, van a resultar muy positivas para difundir los valores de nuestra Semana.

Y aquí estamos, un año más, en el primer templo astorgano, porque los días santos se acercan irremisiblemente. El reloj de la vida gira de nuevo al completo sobre el eje de las estaciones, los tiempos y la memoria, para situarnos en el pórtico de una nueva Semana Santa, con toda su carga de religiosidad popular y de contrastes teológicos.

Porque –no lo olvidemos– estos son días de pasión, de lutos, de silencios y de muerte, pero también de vida, de esperanza, de resurrección, y de alegría.

Lo decía Séneca: Dios se haya cerca de ti, está contigo, está dentro de ti. Un espíritu sagrado reside dentro de nosotros, observador de todos nuestros males y guardián de la totalidad

de nuestros bienes. Nadie puede ser bueno sin la ayuda de Dios, pues Él nos procura consejos nobles e inquebrantables. En cada alma virtuosa habita Dios, aunque quien sea El, es todavía algo incierto.

Sin embargo, para nosotros, que nos disponemos a celebrar con fe la Semana Santa, Dios es una arraigada certidumbre, una de las pocas que tenemos en estos tiempos inciertos y desesperanzados para aquellos que aman mas las tinieblas que la luz y que viven vidas vacías de valores y principios, entregados a la ideología globalizadora del materialismo y del egoísmo mas insolidario.

Pero hoy la noticia –otra vez brota mi condición de periodista– es lo contrario, la espiritualidad, la recreación popular, procesional, ciudadana, colectiva de la pasión, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, que ofreció por nosotros su último aliento en la cruz salvadora.

Lo sé, Señor, y Tú también
lo sabes, que te quiero con el alma.
Tú lo sabes todo y miras mi corazón
de cristal, que no te puede engañar.
No quisiera parecerte un ser falso,
superficial, ni anclado en apariencias.
Hoy te lo podré demostrar, si Tú, Señor,
me miras; si yo, Señor, te veo
en la Cruz, y mucho mas allá

Y de nuevo Astorga, y de nuevo este camino repetido que nos lleva otra vez a la celebración de la Pasión. Como escribiera el Barandales de Honor de la Semana Santa de Zamora, *el rito siempre es el mismo, de año en año. Se limpian candelabros*

y faroles, se bruñen tronos y andas, se brillantan varas y cruces de plata, se ventean túnicas y mantos de las imágenes y hasta un ruido de música asciende de los ensayos de las bandas de cornetas y tambores para anunciar en las calles el paso de las imágenes mas queridas, arraigadas, asumidas y sentidas.

Ni un solo rincón de la geografía humana y urbana de la ciudad va a permanecer ajeno o indiferente al procesional avance de los penitentes y de los pasos que, con imágenes de singular plasticidad y expresividad religiosa, como si de un `evangelio de madera `se tratara, teatralizan todos los años, con renovados rasgos, los padecimientos y dolores de Jesús de Nazaret.

Si Astorga se convierte durante estos días en un espacio escénico único se debe a una tradición de siglos, a unas creencias muy enraizadas, y a un sentimiento de vivencia colectiva y compartida de la Semana Santa; pero, sobre todo, se debe al empuje de una eficaz Junta Pro Fomento y a la directa implicación de los cerca de seis mil penitentes –paparrones, según la astorgana denominación– que forman parte de alguna de las ocho cofradías, hermandades o la archicofradía, que hoy existen en la ciudad.

Permitidme reseñar, a modo de personal homenaje, sus denominaciones, en orden cronológico de fundación: Cofradía de la Santa Vera Cruz y Confalón; Real Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y María Santísima de la Soledad; Archicofradía de Nuestra Señora de los Dolores; Hermandad de Caballeros del Silencio de Nuestro Padre Jesús Nazareno; Cofradía del Bendito Cristo de los Afligidos; Cofradía de la Entrada de Jesús en Jerusalén `Las Palmas` (nuestra mas pujante *cantera* de paparrones), Hermandad de la Santa Cena y Cofradía de las Damas de la Virgen de la Piedad.

No es común que una ciudad con el censo de habitantes de Astorga, cuente con una nómina tan abultada de cofrades y cofradías. Es éste un dato que no debe pasar desapercibido por su indudable significación para comprender adecuadamente el compromiso colectivo de los astorganos con su Semana Santa.

La Semana Santa de Astorga es silencio, sonidos, sentimientos, sensaciones, sustancia y soledades: soledades piadosas y plásticamente expresadas en las bellas imágenes de las Vírgenes que pasean su dolor desolado por la muerte del Hijo, el Viernes, oportunamente apellidado de Dolores; u otros días de la Semana con esa cita esencial del Lunes cuando procesionan las Damas de la Virgen de la Piedad con su habitual brillantez o la del Viernes Santo cuando lo hace la Real Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y María Santísima de la Soledad.

Considero que la creación de la Cofradía de las Damas, específicamente femenina, y la masiva incorporación de las mujeres a las demás, son una de las aportaciones mas positivas a nuestra Semana Santa, de las muchas que se han registrado en los últimos años. Por ello, es un acierto la elección de la imagen de una dama de la Piedad para el cartel anunciador de este año.

Hablaba de sonidos... El mas tradicional, entrañado y madrugador es el toque de la Dominica, que con la sonoridad estridente del bombo y las trompetas, anuncia a las autoridades civiles, religiosas y a los responsables de la Junta y de las Cofradías y Hermandades, la proximidad de la celebración pasional.

También están los sonidos contundentes de las bandas de cornetas y tambores que abren los desfiles procesionales, los de la banda del Regimiento Lanzacohetes y los sonidos menos rompedores y musicalmente más académicos de la Banda

Municipal, que durante muchos años fue el único recurso musical al alcance de las cofradías.

Y de los sonidos... al silencio porque como dejó escrito Augusto Quintana, en la procesión del Silencio, con el Nazareno de la túnica morada, de la frente ensangrentada de la mirada del Dios bueno...

“Es mejor así: caminar a su lado, sin palabras, sin alientos, sintiendo solamente. Es hora de callar”.

El silencio mas imponente, sobrecogedor y categórico de la Semana Santa astorgana es el de la madrugada del Viernes Santo cuando los cofrades de la Santa Vera Cruz y Confalón, en su procesión penitencial, recorren encapuchados, silentes y con paso sosegado el paseo de la muralla, con su Cristo yacente en parihuelas, para llegar a la capilla de San Esteban donde tiene lugar la ceremonia íntima del enclavamiento.

Es un silencio sustancial que todos respetan, los que procesionan y los que miran a esas horas inquietantes de la madrugada, y que solo se ve interrumpido cuando suenan las carracas y el canto luctuoso del miserere.

Señor, el hacha llama al tronco mudo,
golpe a golpe, y se llena de preguntas
el corazón del hombre donde sueñas

Sentimientos, sensaciones... Sentimientos de honda espiritualidad y sensaciones de plenitud estética en los que viven y en los que ven la Semana Santa astorgana. Los sentimientos afloran y las sensaciones se desbordan cualquiera de los días santos, pero adquieren dimensiones y significaciones especia-

les un día de la Semana, el Viernes Santo, y en un espacio escénico concreto, el de la Plaza Mayor con ese fondo entrañable del ayuntamiento barroco y la puntual sonoridad de las campanadas de los maragatos del reloj.

Ese día y en ese lugar, en las primeras horas de la mañana, cuando todavía no se han borrado del todo los estremecimientos emocionales del cortejo penitencial del Cristo yacente, se desarrolla la procesión de Encuentro, que organiza la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y María Santísima de la Soledad.

Este desfile siempre genera un clima colectivo de sensibilidad y dramatismo que se rompe con la bulliciosa carrera de San Juanín, otra singular seña de identidad de nuestra Semana Santa desde hace más de 300 años. Es una secuencia, que sirve para relajar tensiones y tristezas a los que están participando en el Encuentro y a los que miran asombrados la atlética agilidad de los corredores.

Al mediodía y en ese lugar, es la magnífica talla del Cristo de los Afligidos la que llena de sensibilidad y devoción este ombligo urbano de la ciudad, con su acompañamiento de cofrades –túnica negra y capirote rojo–, y de muchos vecinos del barrio de San Andrés para los que esta procesión es una costumbre colectiva de profundo arraigo y sentimiento.

Y cuando el sol comienza a apagarse, ese día y ese lugar, se convierte en epicentro de la emoción y la más respetuosa religiosidad de los astorganos. Delante de la imponente fachada del consistorio se coloca, como una evocación urbana del Gólgota, la imagen del Crucificado, junto a las de San Juan y la Soledad.

Los cientos de astorganos que siempre abarrotan la Plaza Mayor enmudecen cuando el juez de la cofradía y algunos cofrades, ayudándose de una sábana, descuelgan la imagen de Cristo que luego es introducida en la urna para continuar su paso procesional –y emocional– por varias calles de la ciudad.

“En la cruz... ¿fue Cristo el que murió... o fue la muerte la que murió en Él?. ¡Oh, que muerte... que mató a la muerte! *San Agustín*

El Viernes Santo también es el día de la procesión de la Soledad. Pero aquí, el espacio escénico es otro, el atrio de la Catedral, que a esas horas de la noche, resulta especialmente impresionante por las luces y las sombras que configuran la particular apariencia de ese desfile procesional, presidido por el paso de la Virgen bajo palio de la Soledad.

Es una imagen de elegante expresividad en la que los rasgos dominantes no son los del dolor desgarrado sino los de una serena belleza; quizás, porque Ella sabe que, unos pasos más allá, en el convento de Sancti Spiritus, siempre le espera la interpretación femenina, emocionada y conventual de una Salve.

El Domingo de Resurrección y en ese mismo espacio urbano delimitado por el atrio catedralicio y la parroquia de Santa Marta, –con el fondo granítico y gaudiniano del Palacio Episcopal–, también es un día y un lugar donde se desbordan sentimientos y sensaciones por la alegría contagiosa y colectiva que genera el paso de la procesión del Resucitado, broche procesional y emocional de la Semana Santa astorgana.

Y Jesús en la cruz siente todo el peso del mal, y con la fuerza del amor de Dios lo vence, lo derrota en su

resurrección. Este es el bien que Jesús nos hace a todos sobre el trono de la Cruz que, abrazada con amor, nunca conduce a la tristeza sino a la alegría, a la alegría de ser salvados, como nos recuerda el Papa Francisco.

Y hablo ahora de la sustancia de la Semana Santa de Astorga. Es cierto, no hay una sola sustancia. Posiblemente, cada astorgano tenga la suya. Para mi, lo mas sustancial de la Semana Santa –ya lo habréis imaginado– tiene un tiempo, un ritmo y un espacio, con el protagonismo dominante de la imagen de la Virgen de los Dolores, una obra debida a la gubia primorosa de Juan de Rozas y al talento magistral e inspirador de Juan de Juni.

El tiempo es la tarde del Domingo de Ramos cuando cambian los registros sonoros de la ciudad, que pasan del animado e infantil bullicio de la procesión matinal de las Palmas, al recogimiento y a los rezos contenidos de quienes acompañan a la Virgen de los Dolores.

El ritmo es el del pulso de los braceros, que se acelera cuando, después de los últimos rezos del novenario, avanzamos con la imagen de la Virgen por el pasillo central de la iglesia de San Bartolomé para alcanzar, tras salvar el desnivel y las estrecheces de la puerta principal del templo, el atrio de la parroquia, que es, claro, para mi el espacio mas sustancial de la Semana Santa.

Lo era entonces, –después de la Misa de diez y la catequesis, cuando los niños de la parroquia convertíamos ese espacio en lugar de juegos y travesuras– y lo es ahora cuando el atrio se trasforma en el lugar añorado en el que la Virgen de los Dolores ve todos los años las primeras luces ciudadanas de la Semana Santa.

Este año, querida Virgen de los Dolores, volveré a mirar tu rostro de policromías apagadas y rezaré en silencio para comprender y compartir tu dolor infinito por la muerte del Hijo.

Salve, mar de penas.
Salve, triste Madre.
Salve, Dolorosa,
llena de piedades.
Ruega por nosotros,
Dolorosa Madre.
Después del destierro
muéstranos afable,
Jesús tu hijo,
fruto deleitable,
Ruega por nosotros,
Dolorosa Madre.
Todos tus hijos,
a tus pies leales
piden de tus culpas,
perdón les alcances.
Ruega por nosotros,
Dolorosa Madre

Y este año, querida Virgen de los Dolores, volveré a mirar tu rostro para comprender y compartir también esos otros dolores que los siete cuchillos clavados en tu pecho simbolizan con refulgente evidencia.

Dolor

por los que no tienen ni empleo, ni esperanzas.

Dolor

por las mujeres que son víctimas de los que no respetan su vida, sus derechos y su dignidad.

Dolor

por los que sufren el desamor, la incomprensión y el desarraigo.

Dolor

por los seres humanos que buscan entre nosotros un futuro, que no siempre encuentran, por culpa de los que hacen política o negocio con su desesperación.

Dolor

por los que sufren enfermedad o la pérdida de un ser querido.

Dolor

por los hombres que siguen sumergidos en las sombras del egoísmo, la insolidaridad y la intolerancia.

Dolor

por las víctimas, que son siempre inocentes, de todas las guerras, que son siempre inútiles.

Este año, mi nieta Julia me va a ver por primera vez llevando a hombros a la Virgen de los Dolores. Y se que me voy a emocionar cuando vea sus ojos asombrados y, posiblemente, cuando oiga su voccecita, desde los brazos acogedores de su madre.

– Hola, abu

Pero también me voy a emocionar porque estoy seguro de que en ese momento llegará con nitidez a mi memoria, como todos los años, el recuerdo de mi madre, que fue quien un día me pidió que mantuviera nuestra tradición familiar de vinculación con la Archicofradía de la Virgen de los Dolores.

Y aquí estoy, aquí seguiré, para acompañar a esta Virgen, dolorosamente sola, evocando los versos de mi recordado amigo y compañero, Victoriano Crémer.

Sola.
Como están las madres
cuando tienen un hijo asesinado entre los brazos,
hablándole
y sin oír su voz. Ya ausente la mirada,
sin posible rescate
para el mas dulce beso

Sola. Con los siete puñales
en su pequeño corazón de luna.
Mirándole
como cuando era niño
y ella desvanecía su carne entre pañales
mas puros que los lirios

Sola
Entre el asombro de los ángeles
y el silencio de las galerías

Ya digo, ésta es mi sustancia de la Semana Santa astorgana. Una sustancia que, como la de cada uno de vosotros, no se puede describir con palabras; hay que verla, hay que sentirla y hay que vivirla. Vivirla y sentirla en nuestros corazones, y verla en cualquier rincón de la geografía urbana de nuestra querida ciudad de Astorga, que se presta a ser la Jerusalén del siglo XXI, durante estos días cuando afloran las raíces mas hondas de nuestra espiritualidad colectiva.

Mirad, somos mucho mas de lo que creemos. Podemos dar mucho mas de lo que intentamos y sabemos como hacerlo. Lo estamos demostrando con la Semana Santa, la nuestra, la que no debemos volver a comparar con ninguna otra. Que ni es mejor, ni peor, sino que es la nuestra. Que no imita, sino aprende; que no envidia, sino admira; que no compite, sino comparte. La que

nos hace todos los años un poquito mejores cuando sabemos captar su esencia.

Pero no quisiera terminar mi pregón sin expresar y explicitar mi agradecimiento, que creo que también es el de todos los astorganos, hacía los que en el pasado y ahora, en el presente, mantienen este valioso patrimonio que es nuestra Semana Santa, sin regatear ni esfuerzos, ni ilusiones, ni dedicaciones.

La Semana Santa de Astorga es lo que es –y es bastante– gracias a todos y cada uno de los que integran las ocho cofradías, archicofradía o hermandades, en distintos puestos de responsabilidad, participación o compromiso.

Creo que el que la ciudad cuente con una plaza dedicada a la Semana Santa es un acierto y un acto de justicia hacia todos los que trabajan no solo por mantener sino por incrementar, año tras año, este apreciable patrimonio de espiritualidad, cultura y arraigadas tradiciones.

El pregonero va a guardar silencio ya, pero antes os convoco a todos a vivir con fe y religiosidad la Semana Santa. A conmemorar los misterios de nuestra Redención. A vestir con toda dignidad los hábitos penitenciales –no importar su color– y a hacer público el amor que profesamos a una de nuestras mas hermosas tradiciones.

Espero haber conseguido trasladar a todos ustedes con mis humildes palabras un poco de la esencia y, desde luego, de mi amor hacia la Semana Santa astorgana. Si así fuera, me daré por satisfecho porque ésta ha sido mi única intención desde aquella tarde que me senté delante del ordenador y de mis recuerdos para cumplir con el generoso encargo de pregonar la Semana Santa de Astorga, el territorio de mis sueños, y de mi memoria.

Muchas gracias

S.A.I Catedral de Astorga.

5 de abril de 2014

EDITA:



PATROCINAN:

